

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN OCASION DE LA ASAMBLEA ANUAL DEL P.E.N. CLUB
DE ESTADOS UNIDOS, CENTRO Y SUR AMERICA**

1 DICIEMBRE DE 1987

HOTEL SANDS

SAN JUAN, PUERTO RICO

Es grato abrirles las puertas de mi país a un grupo de intelectuales del prestigio de los que hoy se han congregado en este recinto. Puerto Rico es una tierra hospitalaria con todos sus visitantes, pero tiene en su corazón un lugar especialmente cálido para los escritores, quizás porque algunos de los forjadores de nuestra conciencia nacional -y pienso en Hostos, en Muñoz Rivera, o en José de Diego- fueron ellos mismos valiosísimos hombres de letras, como por aquel entonces se les llamaba.

Antes de asistir a esta convocatoria he meditado cuidadosamente lo que vengo a decirles, porque para un político, ustedes constituyen lo que en otros escenarios suele llamarse un "grupo de alto riesgo". Un grupo en el que cada palabra cuenta, un grupo que quedaría insatisfecho si yo me limitara a darles una bienvenida formal, a mitad de camino entre la cortesía hueca y el mensaje publicitario turístico, orillando los temas escabrosos y probablemente incómodos.

Pero el objetivo de estas reuniones del Pen Club no es promover la mera vinculación de carácter social. Hay una tarea mucho más importante en el seno de su organización -- tarea a la que me propongo contribuir con entusiasmo, y con absoluta honestidad,-- y es que los fenómenos políticos y sociales sean transparentes, sobre todo que la libertad se consolide donde exista y se instaure donde las personas no puedan disfrutarla.

Cómo y por qué los escritores pueden ser útiles a estas causas --o, a veces, lamentablemente, a las contrarias-- es algo perfectamente comprobable en una abundante cantidad de ejemplos. Está la obra que se escribe, ese camino de papeles por el que suelen transitar los cambios sociales más enérgicos. Y no creo que vale la pena deternos a demostrar las relaciones causa-efecto entre Diderot y la revolución francesa, o entre Paine y la revolución americana. Incluso, entre Solzhenitzin y Sajarov y los cambios que hoy comienzan a ocurrir en la Unión Soviética de Gorbachev.

Mas allá de la relación, causa y efecto sobre los hechos como tales, la obra escrita muchas veces fija en la memoria de los pueblos imágenes desde las cuales se interpreta la realidad.

Y naturalmente en Puerto Rico, como en todo país, ocurre ese fenómeno. Entre las percepciones que circulan está la de Puerto Rico como una paradisíaca islita del Caribe explotada por el imperialismo norteamericano.

Puerto Rico sí, en rigor, es una isla hermosa, bendita con buenas playas, sol espléndido y bellos paisajes, pero esto no revela todo el panorama. Lo cierto es que Puerto Rico tiene muy pocos recursos naturales, carece de fuentes energéticas y aún cuando la tierra es fértil, el relieve montañoso pone demasiadas dificultades a las explotaciones agrícolas. Por demás arroja uno de los más altos índices mundiales de densidad de habitantes por espacio disponible. En suma los puertorriqueños constituimos un pueblo que no tiene la naturaleza de su parte.

Lo cierto es que Puerto Rico fue pobre, extremadamente pobre, durante los siglos de la colonización. Y como el oro se agotó muy rápidamente, y como en el vecindario antillano había otras tierras más aptas para la agricultura, esta isla fue olvidada, si no de la mano de Dios, al menos de la Metrópoli española, que le asignó a San Juan un mero papel de bastión militar en la defensa de las posesiones de ultramar, e implantó, por lo tanto, en esta sociedad, el reglamento cuartelero de las plazas sitiadas.

Y así, sin buenos centros de enseñanza, sin universidades, sin un gran centro urbano, en condiciones económicas muy precarias, fue desarrollándose una larvada conciencia nacional que sólo resultaba vigorosa entre la escasa burguesía de la segunda mitad del siglo XIX. Aquellos puertorriqueños, gobernados durante siglos manu militari, no creían ni podían creer en la insurrección independentista, estrategia que no encontraba eco en la sociedad, siendo además el

país no propicio para aventuras de esta naturaleza. De manera que la única vía transitable descolonizadora, consistía en una evolución pacífica del modelo político que de forma incruenta trasladara la soberanía, a la Isla, fenómeno similar al que estaba teniendo lugar en Canadá con respecto a Gran Bretaña.

Los puertorriqueños de entonces creían -y hoy la mayoría continúa creyendo- que la lucha democrática y pacífica en procura de un mejor destino no era una actitud éticamente inferior al enfrentamiento violento que preconizaban otros pueblos de América. Y lo cierto es que esa batalla por la conquista de la soberanía y por el control del destino nacional comenzaba a dar sus frutos a fines del siglo pasado. Y al fin, en 1897, la monarquía española admitió la instauración de un gobierno autonómico en Puerto Rico, al que se le trasladaron las funciones fundamentales de gobierno. El modelo colonial, gracias a la presión de la sociedad puertorriqueña, estaba llegando a su

fin. Sin embargo, un hecho imprevisto modificó el curso predecible de los acontecimientos: en 1898, como consecuencia de la Guerra Hispano-americana, las tropas de los Estados Unidos intervinieron en Puerto Rico y la soberanía de la Isla pasó de las manos de Madrid a las de Washington sin que se consultara a los puertorriqueños, aunque todo parece indicar que los soldados invasores fueron recibidos con vítores por una población más interesada en la solución de los perentorios problemas que la aquejaban que en abstracciones de carácter ideológico.

Ante este hecho, ante la instauración de un nuevo poder mucho más fuerte que el anterior, aunque también mucho más flexible en el orden jurídico, los puertorriqueños comenzamos a hacerle frente a los Estados Unidos de la misma manera que le habíamos hecho frente a España: luchando por nuestros derechos en el terrenos cívico para conquistar por métodos pacíficos el mayor control posible de nuestro destino insular.

La secuencia básica de los hitos fundamentales de esta lucha es la siguiente: en 1900 mediante la Ley Foraker logramos el poder de la Cámara baja de nuestra legislatura. En 1916 mediante la Ley Jones ganamos el Senado y accedimos a la ciudadanía norteamericana, y con ella, a todos los privilegios y obligaciones de los estadounidenses que vivían en la Isla. En 1944 fue designado el primer Gobernador puertorriqueño, y en 1948 ese cargo pasó a ser electivo, resultando seleccionado por el pueblo Luis Muñoz Marín, político -por cierto- dotado de una fina vocación literaria, y a quien, con toda justicia, puede llamársele el Padre del Puerto Rico moderno.

En 1952 -por fin- una abrumadora mayoría aprobó la Constitución que rige nuestra vida ciudadana, y creó el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. En esa Constitución se consagra nuestra voluntad leal y real de tener un vínculo especial con los Estados Unidos basado en un

elemento esencial: la común ciudadanía norteamericana.

Ese vínculo, que crea obligaciones de ambas partes, ha sido tremendamente beneficioso para Puerto Rico, no sólo en los aspectos materiales, sino también en los espirituales.

Puerto Rico es una sociedad hispánica y caribeña que en el Siglo XX no ha conocido la dictadura o la interrupción de sus instituciones democráticas. Es una que de forma continua y periódica ha convocado a sus ciudadanos a las urnas. Es una -y esto es importante en una reunión del Pen Club- en la que existe plena libertad para expresar cualquier idea.

Pero -además- es una sociedad que ha progresado sin tregua, ascendiendo desde los más bajos niveles de desarrollo en 1898, al primer puesto de los índices de prosperidad entre los países de habla hispana de América Latina. Con más de cinco mil dólares per cápita, y un comercio exterior que equivale a la mitad del de Brasil,

Puerto Rico ha conseguido situarse entre las sociedades más prósperas del mundo.

Y este progreso material se ha logrado sin sacrificar los aspectos sociales más urgentes. Puerto Rico está a la cabeza de América Latina en índices de salud, expectativa de vida y porcentaje del presupuesto dedicado a la enseñanza. Prácticamente no existen analfabetos de menos de 30 años de edad, todos los niños disponen de un puesto escolar en el sistema de enseñanza público o privado, y con más de 150,000 universitarios, dada nuestra población, nos situamos proporcionalmente en el primer lugar latinoamericano de estudiantes de alto nivel.

Por supuesto, esta sociedad tampoco está exenta de problemas: tenemos un 15.9 por ciento de desempleo, y un inaceptable índice de consumo de droga y de delitos contra las personas y la propiedad. Por otra parte, nuestra relación con los Estados Unidos permite que decenas de miles de familias puertorriqueñas, reciban ayuda económica y

alimentos del gobierno federal norteamericano. Esa ayuda contribuye a que en este país la pobreza casi nunca degenera al nivel de la abyecta miseria que se sufre en muchas naciones del Tercer Mundo.

En todo caso, el hecho de ser ciudadanos de los Estados Unidos, también significa la irrestricta posibilidad que tienen los puertorriqueños de trasladarse hacia el continente, y del ejercicio de este derecho unos dos millones de puertorriqueños residen en Estados Unidos, con todo lo que ese peso demográfico representa en lazos económicos y familiares entre la Isla y los Estados Unidos.

De manera que es una ingenua simplificación imaginar las complejíssimas relaciones entre Washington y San Juan como los vínculos entre una metrópoli explotadora y su explotada colonia. En rigor, mediante esa relación, los puertorriqueños tenemos paso franco a la sociedad más desarrollada del planeta, y somos participantes del nivel tecnológico más avanzado. En el transcurso de dos

generaciones, sin grandes traumas, conseguimos pasar de ser una sociedad agrícola productora de azúcar, a ser una sociedad altamente industrializada en la producción de bienes y servicios con excelentes laboratorios de investigación. Y esa profunda revolución se ha hecho sin paredones y sin cárceles políticas. Calladamente, pero también sin tregua y en el marco de un progreso sostenido bastante más rápido que el de las tres cuartas partes del globo.

Por supuesto, esta visión mía de la sociedad puertorriqueña, crítica pero positiva y optimista, no es compartida por todos. Aunque claramente mayoritaria, no es unánime el deseo de mantener nuestra vinculación con los Estados Unidos-- y se expresan temores en cuanto a la preservación de nuestra identidad como pueblo.

Pero este pueblo tiene su identidad nacional, a mucho orgullo, y ello es patente a todo observador de nuestra forma de ser. El noventa y cinco por ciento de los puertorriqueños, según se

comprueba en las elecciones que celebramos cada cuatro años, se siente perfectamente cómodo con la ciudadanía norteamericana y con mantener la relación con los Estados Unidos. De lo contrario sería muy fácil seleccionar en las urnas las opciones independentistas que suelen brindarse. Sin embargo, periódicamente, los puertorriqueños, libremente, ratificamos nuestro deseo de continuar vinculados a los Estados Unidos.

A este país, a esta Isla nuestra, no le conturba el alma los traumas coloniales de su pasado. Con su honda contextura cultural y espiritual, los sobrevivió, los superó y los ha dejado atrás. Este no es un pueblo triste con un espíritu torturado. Este es un pueblo alegre y trabajador, absolutamente orgulloso de sus éxitos, aunque consciente, sin embargo, de los problemas que le aquejan. Es un pueblo que se nutre y se enriquece de la pluralidad de opiniones, sobretodo de aquella que proviene de la autenticidad de los espíritus creadores. Y es esta realidad, amigos

escritores miembros del Pen Club, la que quiero traer ante ustedes.

Para nosotros no ha sido fácil perfilar nuestro destino nacional. Hemos luchado mucho, pero tenemos la convicción de que no lo hemos hecho mal. Dadas las circunstancias, lo hemos hecho tan razonablemente bien, que hoy, aquí, podemos, con toda libertad, invertir aquel fatídico grito de los fascistas, y exclamar a voz en cuello, ¡viva la inteligencial! Y viva, porque de ella se alimenta nuestro pueblo sano, alegre y orgulloso. Bienvenidos a mi país.